

dup 6  
**LA NOVELA FILM**

N.º 174

30 cts.



**AL MARGEN DE LA LEY**

POR

VIOLA DANA, ROBERT AGNEW, ETC.



# LA NOVELA FILM

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 174

WILD OATS LANE 1926

## AL MARGEN DE LA LEY

Interesante y ejemplar película interpretada por la  
encantadora estrella

**VIOLA DANA**

secundada por los célebres artistas

**ROBERT AGNEW, JERRY MILEY, ETC.**

Exclusiva de

**JULIO-CÉSAR, S. A.**

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**CARMEL MYERS**



# Al margen de la ley

## Argumento de la película

En el "Código" de la gente maleante hay un artículo que dice: "No traiciones nunca a tu amigo ni aún a tu enemigo, denunciándole a la policía."

Tomás Bryon, alias *Niño terrible*, perteneciente a una banda peligrosa, había caído en manos de los irritados detectives. Y fiel al "Código" citado había resistido treinta y seis horas de tormento sin denunciar a sus cómplices.

Le acribillaban a preguntas, a penosos interrogatorios y él se mantenía bajo el mismo régimen de silencio. Los policías dudaban ya de sus procedimientos. ¿Es qué no lograrían hacerle cantar?

El teniente Dillon perteneciente a la policía adelantóse hacia sus compañeros.

—Jefe Miles — dijo —, ¿cuándo abandonará usted este inútil e inhumano sistema de hacer cantar a esos pájaros?

El aludido sonrió con frialdad.

—No le he oído ni una queja, todavía...

Y contempló a Bryon que caído sobre una silla daba muestras de abatimiento.

—Catorce asesinatos y más de veinte robos en siete semanas y aún no hemos logrado ni una prueba convincente — dijo Miles.

—En efecto, *Niño terrible* es el número quince

de la banda que usted ha puesto en el tormento y todavía no ha podido averiguar quien es el jefe de ella

— respondió Dillon.

Miles, disgustado por su fracaso, agregó:

—¿Cuándo podremos vencer a esta cuadrilla?

—Es necesario detener a su jefe...

Miles ordenó que Bryon fuera conducido de nuevo al calabozo.

El teniente Dillon deseaba detener a aquella banda que dirigida por un jefe misterioso, se había enseñoreado de aquella parte de la ciudad.

El detective estaba convencido de que, con astucia y habilidad caería en su poder el director de aquella criminal organización.

Hombre enérgico, pero sin mezcla de crueldad, Dillon odiaba los procedimientos duros para que los detenidos confesasen y creía en la posible regeneración de las almas que por una sola vez se habían manchado en el fango.

Al día siguiente, como debido a su negativa no hubiese prueba alguna contra él, Bryon, *El niño terrible*, fué puesto en libertad.

A la salida de la cárcel, el muchacho topóse con el teniente Dillon.

—Conque libre, ¿eh? — Debe estar usted muy lejos de su banda.

—No la necesito para nada. Me voy al campo — respondió Bryon con resolución.

El teniente creyó adivinar en los ojos de aquel extraviado un fondo de bondad y de honradez. Y llevado de generoso impulso le dió un billete de diez dólares para que pudiera vivir mientras buscaba trabajo. Le aconsejaba que se dedicase a una profesión honrada; de este modo se olvidaría todo su pasado.



Refunfuñando, Tomás Bryon se despidió del teniente. Fué a la estación y tomó el tren en dirección al cercano pueblecito de Dingras. Ya en éste, preguntó en varias tiendas por una muchacha llamada María Parker, que había sido novia suya unos meses antes y con la que pensaba casarse.

—¿María Parker? Hace mucho tiempo que desapareció de aquí — le informaron—. Se dice que se enamoró de un joven de la ciudad y sus padres la echaron de su casa. Y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de ella...

En vano buscó e indagó sobre el paradero de aquella bella criatura. ¡Nadie sabía nada! Había marchado hacia la gran ciudad, remolino donde tanta gente se hunde para no aparecer jamás. Y desolado, sintiendo que aquella lucecilla que había iluminado su corazón en sus días de cárcel, se apagaba de un soplo, regresó a la capital.

Jim Camerón, alias *El Duque Camerón* era el misterioso jefe de La banda *La lámpara roja* que indistintamente había practicado el asesinato, el robo, el incendio, la trata de blancas y otras industrias menores.

María Parker, era una de las hermanas de *La lámpara roja* a quien llamaban *Dulce María*. De familia honrada y buena, había descendido por obra de la fatalidad a aquel ambiente miserable.

*El Duque Camerón*, miraba con buenos ojos a la deliciosa muchacha que tenía una belleza suave y virginal. En vano le había propuesto varias veces que aceptara su amor y se fuera a vivir con él.

—Qué, ¿has cambiado ya de pensamiento? — le dijo un día en que fué a visitarla a su bohordilla.

—No... Ya sabes que no puedo ser de nadie...

—¡Ay, chiquilla! ¿Cuándo ahuyentarás esa murria y te dedicarás a aceptarme?

Ella hizo un gesto de indiferencia como el de la mujer a quien nada le importa en el mundo.



*María Parker era una de las hermanas de La lámpara roja.*

Rechazó un billete que *El Duque Camerón* puso en su mano para que se comprara ropa...

—No, no acepto regalos de esta índole... ¡Marchate, hazme el favor!...

El bandido salió del cuarto. ¡Era terca la muchachita! Pero la constancia es la gota de agua que horada las más firmes voluntades. Y el ojo izquierdo de Camerón se iluminó mientras el derecho permanecía oculto bajo un monóculo de cristal negro que nunca se quitaba.



Por la barriada del puerto, *El Duque Camerón* y su banda tenían su campo de acción. Y Dillon seguía vigilando constantemente aquellos lugares con el ánimo de sorprender algún delito.

Tomás Bryon vagaba desorientado por las calles. Le repugnaba volver a su vida de hombre al margen de la ley y luchaba para mantenerse dentro de los límites de una honradez estricta. Pero es iban agotando sus recursos y tal vez por necesidad tendría que lanzarse a una existencia más productiva.

Dillon le encontró una tarde.

—¿Qué? ¿Buscando la banda?

—No, señor; buscando trabajo — respondió con resolución.

—Pues veremos si lo encuentras...

Unos antiguos compañeros de Bryon sorprendieron hablando a éste con el teniente. Sospecharon que les vendía y que tal vez dijese los nombres de los que habían formado parte de la banda. ¿Es qué iba a traicionarles? Y fueron a comunicar sus sospechas a Camerón.

Aquella noche, el teniente Dillon se presentó en el bar "La Moralidad", disimulado cuartel general de la banda.

El policía fué examinando a los concurrentes que al parecer se hallaban muy tranquilos entre bailes y alcohol... Se fijó en un cartel puesto en sitio bien visible:

*Se suplica a los distinguidos parroquianos que no perjudiquen al dueño del establecimiento ocultando licores ni llevándose las cucharillas.*

¡Buena recomendación! Dillon rió... Vió pasar a Jim Camerón, elegante como siempre.

—Hola, señor — le dijo Camerón—, ¿cuándo dejará usted de venir a este mal cafetín?

—Cuando os hayamos cogido a todos con pruebas — respondió Dillon.

—Os equivocáis, señor policía. Nosotros somos buenos chicos.

El teniente estuvo aún un rato en el bar y luego salió, sin haber podido averiguar nada. Tenía sus sospechas, pero le faltaba la base para fundamentarlas.

Al día siguiente, en el bar, unos individuos comunicaron al "*Duque Camerón*":

—La policía ha cogido esta mañana a dos compañeros: a Danny y a Joe.

Recordando que habían visto a Bryon hablando con el teniente Dillon, sospecharon que tal vez aquellos hubiese denunciado. Había que darle su castigo.

Y sin embargo, nada más lejos de la verdad. Bryon no había denunciado a nadie, era incapaz de hacerlo. Danny y Joe habían sido sorprendidos por la policía al robar en una tienda.

Pero los apaches prometieron que si veían otra vez a Bryon hablando con Dillon, le darían su merecido.

Unas horas después, Bryon, el antiguo *Niño terrible* vagaba desolado por los alrededores del puerto. Todas las puertas de la honradez se habían cerrado para él. ¿Es qué tendría que volver a los antiguos procedimientos?

Dillon, constantemente de vigilancia por el distrito, se acercó a él y le dijo:

—¿Qué! ¿Ha encontrado usted ya trabajo?

—No, señor... Y pienso que no le hallaré nunca...

—No desespere. Voy a presentarle al Padre Kelly que le podrá ayudar.

Los bandidos habían sorprendido la entrevista. Dos de ellos subieron a un *taxi* y pasando a gran



velocidad ante el grupo que formaban Dillon y Bryon dispararon contra éste varios tiros, desapareciendo rápidamente a toda marcha.

Una de las balas había herido gravemente a Bryon. El teniente tuvo que sostenerle en brazos para que no cayese. ¡Ah, aquellos miserables! ¡Se vengaban del hombre que se separaba de ellos! Movido a compasión por el joven, le condujo al hospital.

A media hora del distrito marítimo, se alzaba un barrio rico y respetable, cuya iglesia parecía presidir la severidad de sus calles.

Era la iglesia de San Andrés, lugar donde acudían los devotos ricos y que nada les faltaba. Pero el párroco, el Padre Kelly tenía una gran debilidad por los feligreses más humildes, por los ovejas descarriadas a quienes sermoneaba poco, pero ayudaba mucho, con una filantropía práctica y verdaderamente evangélica.

Aquella mañana, mientras tomaba su frugal desayuno, el Padre Kelly se enteraba de las noticias del periódico:

*Un contrabandista moribundo en el Hospital de Buenavista, confiesa interesantes pormenores de la lucha en que fué herido por otro rival en el contrabando de licores. Parece que pertenecen a una temible banda muy bien organizada. Este contrabandista, Mario Cianini, ha revelado a la policía el nombre de tres comprometidos.*

El Padre Kelly hizo una mueca de dolor. ¡Siempre las incesantes luchas!

Continuó leyendo:

*Víctima de un tiroteo desde un "taxi" ha sido herido gravemente Tomás Bryon que yace en el hospital de Buenavista sin querer confesar el nombre de los que le hirieron. Según informes de la po-*

*licía, la víctima había sido licenciada hace poco de la prisión de Sing-Sing.*

El Padre Kelly se propuso ir inmediatamente al hospital. Allí tenía mucho qué hacer, llevar los consuelos de su ministerio a aquellos desdichados.

Pero todavía leyó otro suceso:

*La policía ha verificado un "raid" la noche pasada en los barrios bajos donde se esconde la gente maleante, deteniendo a varios individuos sospechosos que comparecerán ante los Tribunales. Parece que la confesión de un delator ha ayudado mucho al éxito de la policía.*

El buen párroco acabó de desayunarse y se dispuso a cumplir su misión. Benito, el sacristán del Padre Kelly, era un cleptomaniaco que, aunque corregido por el enérgico sacerdote, no podía olvidar las prácticas de su comprometedor vicio. De modo inconsciente sin darse cuenta del mal que realizaba, se apoderaba de los objetos de los demás, con la extraña manía de ocultarlos que tienen esta clase de enfermos.

Aquel día por no perder la costumbre, Benito había sustraído el reloj del párroco. Este, al notar la desaparición, no dudó ni un momento de que el sacristán tenía algo que ver en el asunto.

—Benito, ¿dónde has escondido mi reloj?

—Yo... no sé, señor... nada recuerdo... pero...

Y como si volviera la lucidez a su inteligencia, metióse la mano en un bolsillo del chaleco y entregó el reloj al Padre Kelly. Sonrió con una sonrisa inexpresiva y estúpida.

El párroco le riñó cariñosamente y marchó hacia el hospital. Poco antes había recibido un aviso de que el contrabandista Mario Cianini había llamado un sacerdote.



Algo más tarde se presentaba en la benéfica casa junto al lecho de Cianini, prodigándole las ternuras de su bondadoso carácter.

—Padre — le dijo el herido — le he mandado llamar porque voy a morir... Pero antes de dejar esta vida tan cruel, deseo entregarle a usted algo.

Puso en sus manos unos billetes.

—Quiero dejarle todo el dinero que tengo para el Fondo de los Arrepentidos que usted administra... Quizás usted pueda aprovecharlo para otros desgraciados que no mueran malamente como yo...

—¡Gracias, hijo mío! ¡Tu noble gesto te ha salvado!

—Padre, ¿cree usted que Dios perdonará mis pecados? Yo no soy del todo culpable. He vivido abandonado desde los seis años...

—Confía en El, hijo mío...

Absolvió a aquel pobre hombre y poco después cerró sus ojos que la muerte acababa de velar.

El Padre Kelly rezó con todo fervor por el contrabandista. Había tenido una última y noble generosidad. Entregar aquel dinero para el Fondo de los Arrepentidos. Esta Sociedad que administraba el mismo párroco, tenía grandes simpatías en todas partes, pues su obra benéfica llegaba a cuantos sufrían hambre y privaciones. Hasta la misma gente del hampa, viendo los caritativos esfuerzos del Padre Kelly, admiraban su institución.

Luego el sacerdote se dirigió a la cama donde yacía Tomás Bryon. Sabía quien era este joven, y le habían rogado se interesase mucho por él.

—Hijo mío — le dijo suavemente—, el teniente Dillon me ha hablado de usted. Es usted una víctima de las malas compañías, pero no se abata porque usted no morirá. Hay que vivir para ser buenos.

Bryon suspiró. Viéndose en aquella cama de hospital había llorado amargamente:

—He llevado tan mala vida que no sé si podré corregirme... Padre, voy a explicarle mi existencia. Comencé siendo malo, pero antes de que la policía me persiguiera, yo me había ya regenerado por obra de una mujer, pero Dios no quiso que mis anhelos se cumplieran... Aquella criatura hizo de mí otro hombre, pero yo tenía deudas antiguas con la justicia. Ella nada sabía de mi pasado. Eramos muy felices pensando en la dicha que nos esperaba. Mi novia era una buena hija de familia. Ya íbamos a casarnos, como Dios manda, cuando el mismo día tan esperado, fui detenido por el teniente Dillon para que fuera a responder de mis anteriores delitos. Supliqué en vano:

—Por favor, teniente Dillon, déjeme usted ir a despedirme de mi novia, sólo por diez minutos y le prometo volver y obedecerle pacíficamente.

No quiso hacerme aquel favor.

—Se trata de un asunto urgente que debo dejar arreglado antes de seguir a usted... — le dije.

Yo quería casarme porque necesitaba reparar la falta de amor que había cometido con aquella joven, pero no pude realizarlo. El teniente Dillon, tan bueno luego para conmigo, se mostró entonces con una extremada dureza.

Pasé casi un año en la cárcel y cuando salí, mi novia se había marchado de su casa sin que nadie supiera su paradero... Y desde aquel día, mi vida es insufrible, y ahora me hieren, no sé quién, quizás ellos, los que me creen traidor. Padre, prefiero morir...

El párroco intentó consolarle:

—Animo, hijo mío, usted volverá a encontrar a



esa mujer. Pronto estará usted curado y cuando salga del hospital, vaya en seguida a verme que quizás yo pueda hacer algo por usted...

Quedó el herido más sosegado después de recibir la visita del Padre Kelly. La esperanza volvía a él. Y en el fondo, surgía la sombra amada de una mujer: María Parker.



El Padre Kelly se encaminó hacia el juzgado. Sabía que se estaba celebrando una vistilla contra varias mujeres y allí iba él con el ánimo de arrancar alguna vida del vicio.

Aquella mañana eran interrogados por el juez municipal varios individuos de ambos sexos que habían sido encontrados en una casa donde el juego, el alcohol y el mal amor, se unían en trinidad abominable.

El juez interrogó a algunas mujeres imponiéndolas multas de cincuenta y cien dólares o en su defecto, treinta o sesenta días de arresto. Aquellas criaturas de vicio y de pecado escuchaban con gesto indiferente la sentencia del juez.

Nada ya les importaba. Si encontraban alguien que quisiera abonarles la multa, podrían quedar en libertad; sino, tendrían que resignarse a permanecer algún tiempo entre rejas.

María Parker era una de las detenidas. Pero ella no se presentó ante el juez con la procacidad de las otras mujeres; bajó los ojos avergonzada de verse allí. Se acordó de su vida honrada y pura, y sintió deseos de llorar.

—Usted estaba también con las otras — le dijo el juez—. No lo niegue...

—Sí, estaba. Pero yo no vivo en aquella casa. Sólo fui a visitar a una amiga que estaba enferma, cuando llegó la policía.

El representante de la ley, hombre seco de corazón, no creía en aquellas excusas. María Parker era como las otras mujeres. Y sentenció:

—Cien dólares o sesenta días de arresto.

Ella se echó a llorar. No tenía el dinero y pagaría con su detención el castigo.

Alguien se adelantó hacia el juez. Era *El duque Camerón* quien, sonriente, con su elegancia achulada, dijo:

—Señor juez, yo pagaré la multa de esta señorita...

María le contempló altivamente.

—Señor juez, yo no consiento que este sujeto pague la multa; prefiero ir a la cárcel — gritó.

No quería ser deudora de gratitudes a ese hombre cuya mala intención conocía. Le repugnaba ese tipo siempre bien vestido que quería protegerla con una luz de autoridad.

El juez quedó perplejo. Si ella se oponía...

Pero el Padre Kelly que se hallaba presenciando la vista, se adelantó y adivinando con sus finas dotes de observador lo que ocurría allí, propuso:

—Señor juez, yo pagaré la multa de esta joven, si ella lo permite...

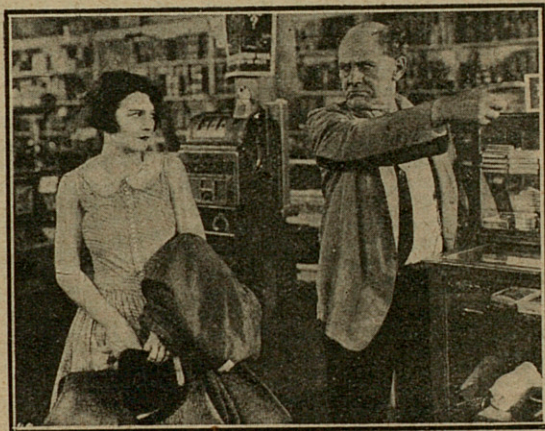
María no tuvo miedo. Sonrió agradecida a ese generoso protector cuya nobleza se retrataba en toda su persona. ¡De él sí, todo lo aceptaba! *El Duque Camerón*, fastidiado por su derrota, volvió a su puesto. ¡Maldito párroco!

El Padre Kelly abonó la cantidad pedida y se llevó a su casa otra oveja descarriada.

María estaba aturdida ante aquella generosa protección.



—No la he traído a usted, hija mía, para sermonearla, sino para hacer algo práctico por usted... Usted, María, me parece demasiado buena y decente para llevar la vida que lleva...



—Me expulsó de casa...

Ella comenzó a llorar.

—Padre, si usted supiera... quiero contárselo todo. Yo conocí a un joven y le amé mucho, poniendo en él toda mi confianza... No quise escuchar los consejos de mi padre a quien mi novio, por su anterior conducta, no le inspiraba confianza. Yo sí, yo creía en él, porque le amaba demasiado. Y el día en que debíamos casarnos, ¡él desapareció! Mi padre es un hombre muy recto y no quiso perdonar mi pecado de amor que sólo podía lavarse con mi boda. Me expulsó de casa. En vano mi pobre ma-

dre intercedió por mí. Me abrazó la pobrecita y yo abandoné aquel hogar para siempre...

Y ¡ay! ¿qué hacer en la gran ciudad? Tenía hambre, días hubo en que me roía los puños... In-



—...yo abandoné aquel hogar para siempre.

gresé en la banda del Camerón, pero siempre protesté de aquella vida, deseando volver a ser la mujer de antes. ¡Padre, padre, sálveme usted!

El buen sacerdote consoló a aquella víctima del destino. Sí, tenía el alma pura a pesar de todo... Se salvaría. El la ayudaría para que venciera las dificultades de un mundo hostil.

—Yo le ayudaré, María, confíe en mí y no tema.

—¡Gracias, padre, es usted muy bueno! —dijo, despidiéndose la joven—. Yo le devolveré el dinero en cuanto pueda...



—Bien, hija mía — la reconvinó, cariñoso—. Pero tenga en cuenta que yo sólo aceptaré moneda limpia, ganada con su trabajo.

María prometió hacerlo así y separarse para siempre de la banda *La lámpara roja*.

Y así, pasado algún tiempo, llegaron nuevas noticias al pueblecito de Dingras donde los padres de María tenían una tienda.

María había escrito a su madre. Y ésta, escondiendo la carta de las miradas de su esposo, leyó aquel escrito de la desterrada:

*Querida madre: Estoy trabajando en una gran fábrica moderna y soy feliz como no lo había sido en muchos días. Tan pronto como pueda me instalaré en una buena habitación para que vengas a verme.*

*Tu hija,*

María

La madre suspiró. Había estado mucho tiempo sin noticias de su hija y deseaba poder abrazarla y sentir hacia ella el perdón paternal. ¿Lo conseguiría alguna vez?

En la ciudad, una vez a la semana, el Padre Kelly tenía pláticas para sus ovejas descarriadas que volvían al redil.

Tomás Bryon habíase ya restablecido de sus heridas. Cumpliendo lo que prometió al Padre Kelly, acudía a visitarle.

El párroco le recibió con su exquisita amabilidad de conductor de almas. Ofrecióle un cigarrillo, pero el paquete que tenía siempre en su mesa había desaparecido. Temió de la eterna manía de su criado.

—Benito, ¿ha visto usted unos cigarrillos que tenía yo en este cajón? — gritó.

—¡Ah, sí, señor! Yo los tengo guardados, y los llevo aquí para que no se pierdan!

—Pues, tráelos. Pareces una urraca, hijo mío.

¡Aquel Benito! ¡Siempre ocultando las cosas!

Después, el Padre Kelly ofreció uno de los cigarrillos a Bryon y le dijo cariñosamente:

—Tengo una buena ocupación para usted, hijo mío. He pensado fundar el "Athletic Club de San Andrés" con dinero de los ricos, a 200 dólares la suscripción. Usted se encargará de trabajar los donativos y tendrá el 10 por 100 de lo que recaude con mi recomendación. ¿Le parece bien?

Bryon sintióse conmovido por aquella atención. ¡Y a él, un hombre que tenía un pasado tormentoso, le confiaban aquella cantidad! Sí, se haría merecedor de la generosidad del párroco con su honradez y su buena conducta.

—Nunca podré agradecerle todo lo que hace usted por mí.

—Es mi deber. Y mire, para que vea que es cosa fácil su trabajo, yo seré el primer socio suscriptor.

Le entregó un billete para que iniciase la lista. Y el diez por ciento de dicha cantidad era, desde luego, para él.

Bryon, delicadamente, la rechazó:

—Yo quiero devolver a usted el dinero que me prestó en el hospital, ingresándolo en el Fondo de los Arrepentidos.

—Muy bien, Bryon... procure conservar esos sentimientos y ya nada debe usted temer.

El muchacho entregó al Padre Kelly un revólver. No quería armas en su poder, hacían daño...

Bryon marchó de la casa, satisfecho, jovial, casi feliz... ¡Iba a encaminar su existencia por la ruta del deber! ¡Si en él hallase a María!



Y el buen Padre Kelly quedó frotándose las manos de alegría ante aquel ser que retornaba a la existencia del bien.

El párroco recibió, más tarde, la visita de Mud Malone, un corregido que estaba ya cansado de ser bueno.

—Me fatiga esta vida tan ordenada y me voy con mis amigos — exclamó.

El padre, movió, contrariado, la cabeza. ¡Ah, los malos hábitos! ¡Todavía tiraban de los seres que habían sido de ellos! Pero sin inmutarse, respondió:

—¿Ya te ha tentado el diablo? Vamos a jugar a dados si debes continuar o no siendo bueno otros seis meses.

Echó dos piezas de marfil sobre la mesa.

—¡Siete! — dijo—. Bien, ahora jugaré por ti. Si sacas número mayor, ganaste, si lo sacas igual o menor, la victoria es mía. ¿Hace?

Agitó y lanzó los dados.

—¡Otra vez siete!... Ya ves, según las condiciones, he ganado. No puedes marcharte. Prueba a ser bueno durante otros seis meses...

Mud Malone, disgustado, se alejó. ¡Otro medio año de buena vida! ¡Con lo que él deseaba las correrías y las antiguas aventuras peligrosas!

Al verle desaparecer, dijo el Padre Kelly:

—No se marchará. Cumplirá su palabra. Ninguno ha roto su compromiso conmigo.

Y sonriente contempló los dados en cuyos costados estaba marcado el mismo número: el siete. De este modo él ganaba siempre.

—Eso es vencer al diablo con sus propias armas. — se dijo.

Y quedó contento de aquel engaño que retenía jun-

to a él a todas las almas prontas a ser tragadas por las fauces de la aventura.

Después recibió la visita de Sim, otro individuo a quien él había apartado del mal y que parecía volver a las andadas.

—Sim, le he llamado a usted porque he sabido que anda otra vez con malas compañías. Esta noche saldrá usted para Nebraska a trabajar en una magnífica granja agrícola y marchará usted sin despedirse de sus amigos. ¿Comprende?

El llamado Sim refunfuñó:

—¿No quiere usted? Pues lo jugaremos a cara y cruz. Si es cara marchará usted. Si es cruz se quedará.

Sacó de un cajón una moneda de cobre, pero Sim, vivo como una ardilla, que algo había adivinado de los procedimientos del párroco, dijo:

—Supongo que esa moneda es de dos caras.

—Sí, lo ha adivinado usted — respondió el Padre Kelly, severamente—. Tiene dos caras para vencer al diablo.

Luego le pronunció un sermón sobre la ventaja de vivir como un miembro digno de la sociedad. Y Sim, avergonzado, prometió marcharse aquella misma noche. El buen Padre Kelly sabía conmover, y hacer retroceder a tiempo casi al borde del precipicio.

El párroco sonrió. No se había perdido el día. La semilla del bien fructificaba sobre tierra difícil, pero daría luego sus frutos...



Pasó algún tiempo. María seguía trabajando en la fábrica. Había enviado a su madre esta carta:

*Querida madre: No pases pena por mí. Estoy muy bien de salud y me gano bien la vida, aunque me*



acuerdo mucho de ti. No puedo ir al pueblo porque temo mucho a mi padre.

Tu hija que te abraza,

María

Cada año el Padre Kelly daba una fiesta a beneficio del Fondo de Arrepentidos. Esta entidad era bien vista por todas las gentes humildes. Aun los mismos que vivían al margen de la ley se sentían conmovidos por los propósitos que animaban al sacerdote. Algunos de ellos que habían llegado a viejos y en la mayor miseria, encontraban un amparo en los fines benéficos del Fondo.

El párroco guardaba en la caja de la parroquia todas las cantidades recaudadas para el Fondo durante los últimos meses. Un amigo suyo, que tenía un establecimiento bancario, le advirtió cariñosamente un día:

—Padre Kelly, usted tiene en su Fondo una cantidad considerable que debiera depositar en mi Banco.

—Mis muchachos y muchachas son poco amigos de los Bancos — respondió el sacerdote—. No consideran muy seguro allí su dinero.

Porque todos contribuían a mantener aquel Fondo. Hasta los mismos miserables que vivían estragados por los vicios. Siempre el Fondo era una promesa, una esperanza para el mañana misterioso.

Aquella noche el *Duque Camerón* tenía un barco contrabandista a treinta millas de tierra y debía embarcar en él para hacer el alijo en un lugar desconocido.

Pensando en la fiesta que daba el Padre Kelly, dijo a John, uno de sus principales cómplices:

—Ese viejo cura debe tener en su Fondo más de veinte mil dólares. Esta es la ocasión de limpiarle la

Caja antes de irnos a bordo. Pero quiero llevarme conmigo a la *Dulce María*. No puedo vivir sin esa mujer...

Y los dos hombres se dirigieron a la modesta bohardilla, donde, lejos del mal, habitaba María Parker.

Entretanto, la fiesta organizada por el párroco, adquiría extraordinario esplendor. La tómbola se veía llena de gentío. Todos entregaban buenas cantidades a cambio de números del sorteo... El Padre Kelly animaba a la concurrencia con su sonrisa de hombre extremadamente amable:

—Todos a la Tómbola, chicos y chicas... Esta noche vamos a hacer más de mil dólares... ¡Atención! ¡Esta es la rueda de la fortuna! ¡Una vuelta un dólar y siempre se gana!

Y mientras allí reinaba la alegría del festival, en otro barrio de la ciudad se mascaba la tragedia.

El *Duque de Camerón* y John, su cómplice, se habían dirigido al sotabanco donde habitaba María Parker. John quedó de guardia en la escalera y el jefe penetró en la habitación.

La muchacha retrocedió atemorizada ante la presencia de aquel hombre que la imponía.

El *Duque Camerón*, sonriente, le dijo:

—María, ¿has recibido mi aviso?

Ella no contestó.

Horas antes le había enviado por un propio una carta anunciándole que iría a verla.

—¿Estás lista para partir conmigo? — continuó.

Una sonrisa despectiva se dibujó en los finos labios de la joven.

—Creo que te equivocas, "*Camerón*". Llevo una vida muy retirada y deseo permanecer tranquila...

—¡Bah! ¡Yo te distraeré, criatura! Esta noche



saldremos para París y Londres. No quiero que lleses esa miserable vida de obrera. Mereces más...

—Déjame en paz. Yo no quiero marchar...

—¿Que no quieres? Luego pasaré a recogerte, cuidado con desobedecerme, ¿estamos?

Salió "Camerón" y la joven quedó vacilante, sin saber qué partido tomar, pensando en dirigirse a buscar al Padre Kelly para contarle la persecución de que era víctima. Quería huir, deseaba librarse de la influencia maléfica del bandido. Ahora que había probado las mieles de la honradez, le parecía más ácida la existencia de horror y de pecado.

El *Duque Camerón* dijo a su cómplice John, que esperaba en el rellano de la escalera:

—Cógela y llévala al muelle. Yo os recogeré allí al ir a bordo. Pero procura que no haya escándalo...

—Comprendido.

Poco después, John entraba en la bohardilla de María y haciéndose pasar por agente de vigilancia le ordenaba que fuera con él.

La joven abrió unos ojos enormes de asombro.

—Pero, ¿qué mal he hecho yo para que me detengan?

—Eso se lo dirá el Comisario. Ahora, sígame...

Y María tuvo que resignarse a la extraña detención. Subió a un coche que John tenía ya dispuesto y que partió a gran velocidad hacia el muelle.

Mientras tanto había terminado la gran tómbola en honor y beneficio del Fondo de los Arrepentidos.

El Padre Kelly estaba radiante:

—Ha sido una gran noche para nuestro Fondo —decía contando los billetes y monedas recogidos.

De regreso del local donde se celebraba la fiesta, guardó en la casa parroquial, en la caja, la cantidad recaudada.

Frotábase el buen cura las manos de gusto. En su barrio la generosidad era una semilla fecunda.

Viendo a su criado que parecía atolondrado, y conociendo su maldito vicio de cleptómano, le advirtió:

—Benito, ¿ha sido usted hoy una buena persona?

—Sí, sí... señor... Sólo que... me encuentro ahora en el bolsillo con todo esto...

Mostró un reloj, una cartera, varios objetos sustraídos entre la aglomeración de la fiesta.

Aquel pobre enfermo, inconsciente, no se daba cuenta de la gravedad de su mal.

—¡Válgame Dios! —gritó aterrado el Padre Kelly — ¡vaya usted a devolver eso en seguida!...

Benito con su mismo aire indiferente, se dirigió a devolver a sus dueños, varios concurrentes a la tómbola, lo que les había quitado.

El Padre Kelly llevaba algún tiempo en le despacho cuando entró en él Tomás Bryon.

Algo le ocurría a este chico, el párroco lo comprendió en el acto. Venía pálido, los ojos desorbitados, el ademán decaído.

—¿Qué sucede, Tomás? ¿Hay algo nuevo?

Bryon, poniendo sobre la mesa la cartera con los documentos de aquella suscripción para crear un Club, obra del Padre Kelly, explicó con aire desmayado:

—Cuando estuve en el hospital me pusieron cocaína en el brazo. Esto me ha revuelto mis antiguos humores. La tentación de mis malas costumbres no me deja sosegar. Quiero marcharme...

El Padre Kelly levantóse indignado. ¿Lo había pensado bien? ¿Era definitiva aquella absurda actitud después de haber conocido el placer de la honradez?

—Habla, desgraciado...

Bryon insistió. Comprendía que hacía mal, pero quería marcharse. Los antiguos hábitos, como un imán



invisible le atraían con la fuerza oculta de la fatalidad.

—No puedo quedarme... Me voy... volveré a mi vida...

El sacerdote temblando de ira, le respondió:

—Es muy triste para mí que yo pierda un alma que creía segura... Pensé que estaba usted ya a salvo pero veo que tiene todavía los demonios en el cuerpo. Su resolución me indigna porque usted no estaba tan corrompido como los otros y tenía el deber de no reincidir. Pero ya que lo quiere, váyase, váyase... ¡Y llévese sus herramientas del infierno!

Había desaparecido aquel espíritu de paciencia que tanto adornaba al sacerdote; la desilusión destilaba acidez por sus labios.

Le devolvió el revólver que unos meses antes el joven le había entregado.

Bryon, sin decir palabra, sintiendo su propia determinación, pero convencido de que no podría volver atrás, salió del despacho.

Y en él, el Padre Kelly comenzó a rezar por el alma que iba a cegar de nuevo...

Y mientras él oraba, en el corredor, Tomás Bryon vagaba indeciso luchando con la tentación. Por una parte lamentaba haber dado aquel disgusto al Padre Kelly, mas por otra era tan atrayente aquella vida de dinero y vicio...

De pronto escuchó ruidos misteriosos en una habitación contigua, como si se deslizasen a gatas y temiendo algo anormal penetró en ella.

Vió a un hombre que forcejeaba ante una caja de caudales y que al oírle quiso lanzarse sobre él. Pero Bryon, revólver en mano, les gritó:

—Si das un paso, disparo...

Sonrió al reconocerle. Era *El Duque Camerón*

que había saltado por la ventana con objeto de apoderarse del dinero del Fondo de los Arrepentidos y huir con él.

—¡Suelta los cuartos! — ordenó Bryon.

El jefe de la banda, pálido de odio por su fracaso, dejó el dinero en la caja.

El rumor de la conversación atrajo al cuarto al Padre Kelly a quien Bryon explicó:

—No debía marcharme de esta casa sin hacer antes una buena obra. El *Duque Camerón* quería robar el Fondo de los Arrepentidos, el dinero que nos pertenece a todos... Pero esta vez erró el tiro y en cambio le he cazado a él.

El criado Benito que había devuelto ya todos los objetos sustraídos, miraba con ojos asustados la escena.

Bryon, siempre amenazador con su revólver, se dirigió al teléfono y llamó.

El *Duque Camerón* rugió de odio. El miserable le denunciaba...

—¿Qué es lo que pretendes? — le gritó.

—Poca cosa. Quiero ver lo que la banda piensa de ti cuando sepa que has robado el Fondo de los pobres.

Slim, uno de los cómplices de la banda, respondió a la llamada de Bryon.

Este explicó. Era necesario que viniesen todos a casa del Padre Kelly... y en seguida. Había una sorpresa preparada... El, Bryon, acababa de coger al amado jefecito cuando robaba el dinero de los pobres, o sea el de todos ellos, el Fondo llamado de los Arrepentidos...

Contestó Slim que venía en el acto. ¿Pero era verdad aquella noticia? Aquel Fondo era algo sagrado en el barrio. Favorecía a todos.



Y mientras esto ocurría, María Parker con John, el cómplice del *Duque Camerón*, había llegado en el automóvil al muelle. Llevaban allí largo rato parados.

María comenzaba a sospechar si había sido víctima de alguna celada.

—Yo no creo que usted sea policía — dijo a su acompañante.

—¡Silencio!...

Llevaban más de media hora en la oscuridad, esperando él la llegada de *Camerón*. María se moría de angustia. Varias veces intentó descender del auto, pero John la detenía con mano férrea.

Como pasase el tiempo y no llegara el jefe, John intrigado, pensando que tal vez le hubiese ocurrido algún percance, optó por ir en su busca. Más para que María no pudiera moverse del coche, la esposó fuertemente por una argolla y ajustó la otra a un saliente de la ventanilla.

Luego, sin contestar a los feroces insultos de la joven, se perdió en las calles del muelle.

En vano intentó María libertarse. Deseaba huir, librarse de aquella persecución odiosa. El coche estaba detenido junto a un poste de teléfonos en el que había colocado al alcance de la mano la cajita avisadora para caso de incendios.

María tuvo una idea. Sacó la cabeza por la ventanilla y de un manotazo rompió el cristal de la caja.

Esta era la señal de urgencia para que los bomberos acudiesen prestamente.

Y en efecto, no se hicieron esperar. Las bombas atronaron el silencio de la ciudad nocturna. Al llegar al sitio de donde había partido el signo de alarma se encontraron que nada anormal sucedía.

Corrieron hacia el coche parado junto al avisador,

y María explicó entonces lo que ocurría. La libertaron de las esposas a tiempo que volvía John de haber telefonado infructuosamente a su jefe. María le acusó de haberla intentado secuestrar y los bomberos entregaron a John a la policía para que explicase su conducta.

Libre ya María corrió a casa del Padre Kelly para suplicarle su auxilio.

\*\*\*

En casa del sacerdote habían acudido muchos individuos de la banda, capitaneados por Slim.

Al enterarse y ver por sus propios ojos que el *Duque Camerón* había intentado robar la Caja de los Pobres, El Fondo de los Arrepentidos que tantas veces les había socorrido, pusieron el grito en el cielo. Llevaban todos algún tiempo sospechando de su jefe. Pero aquel robo que quería realizar merecía un castigo...

Y el propio Slim telefoneó a la policía...

—Soy Slim. Estoy en casa del Padre Kelly. Envíe la policía en seguida. Es raro que yo los necesite, ¿verdad?

Y algo más tarde, la policía mandada por Dillon llegaba a casa del sacerdote procediendo a llevarse preso al *Duque Camerón* a quien todos sus antiguos cómplices, acusaban ahora.

Tomás Bryon estaba contento. Había realizado una buena obra. Y lentamente salió de aquella habitación, deseoso de no dar nuevas explicaciones al Padre Kelly. Pero llevaba ya en el alma el arrepentimiento.

Iba a salir cuando topóse con una mujer que acudía desolada a ver al sacerdote.

—¡María! — gritó—. ¿Tú, aquí? ¿Es posible?

La muchacha retrocedió unos pasos, asombrada también.



El suplicó con voz cariñosa:

—Te he estado buscando mucho tiempo por todas partes. ¡Qué felicidad, encontrarte ahora! Oh, María, tengo que contarte tantas cosas...



...apuntó el arma contra su sien...

Ella le atajó con ademán duro:

—No me digas nada. Valiera más no haberte conocido. Por ti me veo así...

—Yo te juro que...

—Puedes vanagloriarte de tu obra. Por ti he caído tan bajo al verme abandonada.

La mano de Bryon sostenía aún su revólver. Ella se lo arrebató con furioso ademán y le apuntó:

—¡Miserable! — gimió—. Por ti me veo hecha una desgraciada. ¡Miserable!

Pero luego dejando caer desalentada la mano, gimió:

—No, no puedo matarte; pero todo ha acabado entre nosotros...

El, emocionado, triste, respondió:

—Eres injusta porque ignoras lo sucedido. No tengo ningún deseo de vivir. Dispara y quedaremos los dos satisfechos.

María, desesperada, sintiendo que a pesar de todo amaba a aquel joven, apuntó el arma contra su sien y quiso disparar. Pero Bryon le arrebató el revólver, y la muchacha, loca de dolor, desapareció de la casa. ¡Por culpa de él se veía en aquella situación dolorosa!

Bryon, sin ánimo para seguir a su amiga, fué en busca del sacerdote:

—He encontrado a mi amada... a María Parker... para perderla otra vez y para siempre... Ha estado aquí...

El sacerdote sorprendido le quitó el arma que anteriormente la había entregado descargada, y le consoló:

—No se desespere, hijo mío... Ella volverá... ¡Si yo hubiese sospechado que mi otra protegida era su novia!... ¡Qué cabeza la mía no haberles unido antes!... Pero usted y ella tienen derecho a la felicidad... Usted se ha regenerado hoy. Ha hecho una buena obra entregando a *Camerón*. No tema usted...

Y acariciaba a aquel joven redimido ya y a quien sólo le faltaba el amor...

\*\*\*

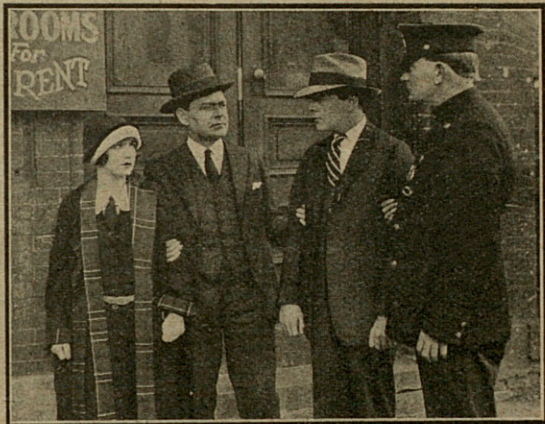
Algunos días después se celebró la causa contra el *Duque Camerón*.

Tomás Bryon enardeció los ánimos de los antiguos



afiliados a la banda para que declarasen contra el jefe:

—El bandido *Camerón* no sólo ha tratado de robar el Fondo de los Pobres, sino que os ha estado



*...detuvo a ambos jóvenes...*

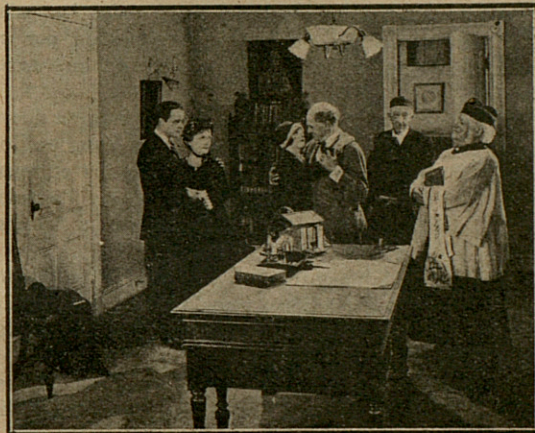
explotando muchos años. Desenmascarámosle ante los Tribunales.

Y como del árbol caído todos hacen leña, ninguno defendió al antiguo bandido. Además cada cual deseaba librarse de su responsabilidad. Y el Tribunal, por haber quedado demostrada la participación del bandido en quince delitos graves, le condenó a diez años de presidio por cada uno.

Aquel día, al salir de la Audiencia, el teniente Dillon que estaba perfectamente enterado por el Padre Kelly de lo que sucedía entre Bryon y María, detuvo

a ambos jóvenes que habían acudido para declarar contra *Camerón*.

Ya no parecía el duro policía de otros tiempos y deseaba con su conducta querer borrar la huella de una escena pasada.



*...perdonó de corazón...*

Los dos jóvenes, al verse unidos por el brazo de Dillon se miraron sorprendidos.

—María... Bryon — dijo—. Un día me vi obligado a separarnos, pero hoy, que tú Bryon estás definitivamente regenerado, hoy quiero uniros de nuevo... Vamos a ver, señorita, ¿ama usted a este joven?

Ella no respondió, turbada, sin atreverse a hablar, pero sintiendo que el amor llamaba aún en su corazón.



—¿Y usted ama a esta señorita? — preguntó a Bryon.

—¿Si la quiero? Con alma y vida. La amo y la amé siempre...

—Pues vengan ustedes...

Y les condujo a casa del Padre Kelly. Antes de llegar a ella, ya Bryon había justificado su conducta. Y María, ansiosa de perdonar, creyó todas las palabras de su novio y pidió a su vez perdón por su conducta. También ella tenía mucho de que arrepentirse...

Ya ante el Padre Kelly, los dos renovaron de nuevo su amor y el sacerdote se revistió para casarles. Iba a efectuar la ceremonia cuando llegaron dos personas a la casa. Eran los padres de María que, llamados por el buen sacerdote, acudían esta vez a hacerse cargo de su hija.

El padre de la muchacha olvidando su inflexible actitud, perdonó de corazón y acogió con generosidad a su yerno. ¡A olvidar el pasado y a vivir todos felices!

Celebróse la boda. El teniente Dillon sirvió de testigo. Estaba satisfecho de su obra de paz. El criado Benito junto a él, sonreía...

De pronto dióse cuenta Dillon de que le habían robado el reloj. Como conocía las manías de Benito le interrogó. Y el enfermo sonriente, le devolvió la alhaja.

—Oiga, si le cojo otra vez en otra "distracción" va a usted a distraerse a la cárcel — le dijo riendo...

Benito rió también... Y mientras tanto el sacerdote Kelly daba la bendición nupcial a María y a Bryon que después de su borrascoso pasado, se unían para siempre, para olvidar en aras del amor...

FIN



## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios**

Pida  
detalles  
a

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**  
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta. impresor. - Barcelona